

La simplificación del debate del agua



ENRIQUE
Cabrerá*

El pasado 23 de enero se presentó en la Confederación Hidrográfica del Júcar el libro *La sequía en España. Directrices para minimizar su impacto*. El libro incluye las conclusiones del comité de expertos que presidí y que el Ministerio de Medio Ambiente había constituido dos años antes para conocer, desde ópticas y sensibilidades diferentes (la formación de quienes lo integrábamos en variada) aspectos relacionados con la gestión de sequías. Las conclusiones, veintiocho en total, fueron suscritas por unanimidad y se apoyaban en un conjunto de trabajos que, sin cuando fueran debatidos, son responsabilidad de quienes los firmas. Artículos y conclusiones son públicos (están en la web del ministerio) y, tras su lectura, les invita a juzgar lo que sigue.

El asunto central del libro, y de la jornada que albergó su presentación, es la sequía. Sin embargo, todas las valoraciones que al respecto he alcanzado a leer se centran en la desalación, pese a que sólo se le dedica, de un total de veintiocho, un punto de las conclusiones. Se viene a decir al respecto que agua de esta procedencia puede resolver problemas concretos, pero en modo alguno es una solución definitiva. Como tampoco lo es el trasvase del Ebro. De hecho, es casi lo mismo: ambas actuaciones aporcan más recursos, ambas consumen mucha energía y ambas generan un notable impacto ambiental. Así lo confirma un reciente documento de la Unión Europea que analiza cómo hacer frente a la creciente escasez y a las sequías. Entre las potenciales actuaciones, ambas soluciones están en la colaya a un mismo nivel. Ambas son estrategias que pueden ayudar a resolver el problema. Ambas son, pues, una solución y no la solución.

Sin embargo, quienes las defienden se renuncian al artículo determinado lo en detrimento del indeterminado una que tanto

conviene al caso. Las otras veintiseis directrices (participar en la crisis para minimizar sus impactos, mejorar la eficiencia, evitar los cortes de agua, controlar mejor los usos, luchar incentivando el ahorro, reutilizar más, optimizar las aguas subterráneas sobre todo en periodos de sequía, seguir gestionando el agua en marcos territoriales naturales...) no han merecido ninguna atención. De este modo, la valoración de un libro que aborda el problema crucial de la sequía ha acabado una vez más como siempre: trasvase del Ebro frente a desalación. O desalación frente trasvase, que más da. Al parecer, ésta es la única cuestión que interesa.

No es momento de echar leña al fuego repasando ventajas e inconvenientes de estas soluciones. El ruido de fondo que acompaña el prebudo de estas elecciones, palpable en la valoración del libro presentada, no propicia el debate sereno. También por ello, y antes de reflexionar en voz alta, he preferido que analizase esta sorprendente medida. Porque mientras se fomenta el debate cualquiera, el estáis conmigo o contra mí, nada se contribuye a resolver el problema del agua. Por lo visto, hay que estar a favor o en contra de los trasvases, apoyar o denostar la desalación. Nada de más. Y sin entendiendo la oportunidad política de simplificar los mensajes, este proceder sólo conduce a un agrio y desordenado debate que, distorsionando la realidad, inconscientemente nos aleja del camino que conviene al futuro.

El actual debate del agua en España, y no sólo por la absurda simplificación que aquí se comenta, no tiene sentido. Como tampoco lo tiene que, para dar más solidez a los mensajes, se nos califique de expertos a sueldo del Ministerio de Medio Ambiente a quienes, con mayor o menor fino, opinamos acendrada al dictado de nuestra conciencia. Tal valoración me recordó una de las más brillantes reflexiones que Cervantes pone en boca de Don Quijote. Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedruzco de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo. Yo, por fortuna, he sido, soy y quiero seguir siendo venturoso.

*Catedrático de Mecánica de Fluidos, Universidad Politécnica de Valencia.